

**II CONFERENCIA IBEROAMERICANA
DE MINISTROS DE EDUCACION**

Discurso del Excmo. Sr.

D. CRUZ MARTINEZ ESTERUELAS,

MINISTRO DE EDUCACION Y CIENCIA DE ESPAÑA,
EN LA SOLEMNE SESION DE CLAUSURA DE LA
II CONFERENCIA IBEROAMERICANA DE MINISTROS
DE EDUCACION

C 1208/16

PALACIO TAVERA DE TOLEDO

8 de octubre de 1975



**II CONFERENCIA IBEROAMERICANA
DE MINISTROS DE EDUCACION**

© SERVICIO DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE
EDUCACION Y CIENCIA

Edita: Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia.

Imprime: GAEZ, S. A. Ctra. Nacional III - Km. 25,200.

Depósito Legal: M-35.365-1975 I.S.B.N.: 84-369-0445-1.

Impreso en España



COLECCION LA RABIDA

C 1208/16

II CONFERENCIA IBEROAMERICANA DE MINISTROS DE EDUCACION

Discurso del Excmo. Sr.

D. CRUZ MARTINEZ ESTERUELAS,

MINISTRO DE EDUCACION Y CIENCIA DE ESPAÑA,
EN LA SOLEMNE SESION DE CLAUSURA DE LA
II CONFERENCIA IBEROAMERICANA DE MINISTROS
DE EDUCACION

PALACIO TAVERA DE TOLEDO

8 de octubre de 1975

R. 108.763



Señores Ministros, Embajadores y representantes en la II Conferencia Iberoamericana de Ministros de Educación, Señor Secretario General, Autoridades, amigos todos.

Haciendo hueco en los apretados programas que son los de un Ministro de Educación, nos hemos reunido para examinar nuestros problemas en este momento en que una situación mundial cargada de problemas y dificultades llama una y otra vez a las puertas de la unidad de acción y de la mutua ayuda, y en la que también cabe basar la esperanza de quienes tienen abierto el camino de una acción cada vez más concertada.

El Ministro que os habla y el Gobierno de España os dan las gracias por

las jornadas de fructífera labor en común desarrolladas en esta histórica ciudad de Toledo, que una vez más se honra en acoger a tan distinguidos representantes de naciones más que amigas, hermanas.

Cooperación para el progreso educativo y científico.

En el temario que nos ha congregado y en nuestros propios debates, además del papel del idioma español en el mundo — que se refiere a un aspecto básico de nuestra comunidad cultural — hay tres ideas centrales: cooperación entre naciones, progreso educativo y progreso científico.

Quiero asomarme a cada una de ellas y en primer término a la noción de cooperación internacional, que es en este caso algo muy concreto, muy entrañable, muy directo, por tratarse de la cooperación entre naciones de un área

cultural definida que tiene y reivindica cada vez más sus propios perfiles en el mundo.

Es claro que toda idea de cooperación internacional debe tener suficientemente en cuenta la necesaria solidaridad universal, la cual constituye el marco humano, político y cultural en que toda acción de cooperación tiene lugar, pero ha de prestar sobre todo una prioritaria atención a la resolución de los problemas y necesidades propios. En la concurrencia universal están en muchas ocasiones los puntos de comparación y referencia, los desafíos, a veces las ayudas y los estímulos. Pero no podemos pretender que nadie se preocupe tanto como nosotros debemos hacerlo de la presencia y empuje de nuestro idioma y del desarrollo de la educación y de la ciencia al servicio de nuestras naciones.

Ello es así por muchas razones, pero encuentro dos fundamentales en

dos hechos diferenciales del momento actual de nuestra área cultural iberoamericana: Primero, un hecho si quereis socio-económico, el hecho de que el área cultural iberoamericana representa hoy algo similar a una clase media mundial, con toda la trascendencia sociológica y política que ello tiene. El segundo es un hecho espiritual y cultural, el hecho de que en nuestro área supervive en gran parte un esquema de valores esenciales que en otras partes del mundo occidental están siendo erosionados de forma impresionante por la crisis que vivimos. Ambos son hechos de la mayor importancia para nosotros y también para el propio equilibrio mundial.

De ahí se deriva también la especificidad de nuestros problemas que conviene tengamos siempre presente. En efecto en nuestras discusiones, como no podía ser menos, ha aflorado una y otra vez, la realidad de que nuestra comunidad de pueblos presenta problemas tan

específicos que no podemos afrontarlos si no es desde nuestros propios supuestos. Uno de ellos es patente: aportamos al mundo una prueba palpitante de que los niveles de renta, con toda la importancia que tienen, no equivalen, sin embargo, necesariamente a niveles culturales. Cuando no hemos estado en la vanguardia económica y tecnológica, no por ello hemos dejado de alcanzar cumbres culturales entre las más elevadas.

Todo ello nos empuja a profundizar y a desarrollar las fórmulas originales que son las nuestras y de las que todavía no hemos alcanzado las consecuencias posibles. Precisamente, desde esta situación nuestra tan específica es desde donde quiero plantearos tres problemas que no pueden dejar de preocupar a Ministros de Educación.

El primero es la pervivencia en nuestras naciones de graves problemas educativos que urge solucionar. Desde

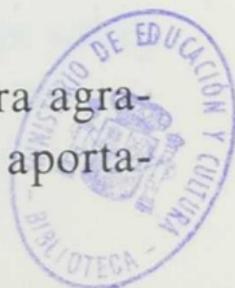
luego no todos los problemas de una nación pueden ser resueltos desde el ámbito educativo, pero sin una educación adecuada ni puede lograrse una sociedad vertebrada ni es posible una nación fuerte. En la propia urgencia de solucionar los problemas educativos pendientes, aunque las batallas más duras puedan situarse según los casos en diferentes líneas y niveles, encuentra mayor fundamento la necesidad de esta cooperación que buscamos, de intercambiar experiencias, de aprovechar al máximo todos los recursos disponibles.

El segundo problema reside en un hecho que tenemos que reconocer. Escuetamente enunciado, el hecho es que nuestras naciones y la comunidad iberoamericana han de contribuir a la prodigiosa aventura científica de nuestra época, so pena de colocarnos a la larga en una posición claramente desventajosa. Este peligro es tanto mayor cuanto que los valores que representamos son

cada vez más esenciales para una orientación equilibrada del desarrollo tecnológico que favorezca más los intereses humanos y nacionales que cualesquiera otro tipo de intereses. Pero sería quimérico querer hacer esta aportación si no se está presente en las fronteras donde se libran las grandes batallas de la ciencia.

Quiero referirme, por último, al tema del lenguaje. D. Rodolfo Barón Castro introducía ayer el debate sobre los problemas internos y externos que plantea una adecuada defensa y una presencia cada vez más vigorosa del español en el mundo. No podemos olvidar que nuestra propia comunidad de pueblos es trascendencia en parte de una realidad de lenguaje común que es la nuestra. Y también es nuestro deber profundizar en la nueva relevancia que el lenguaje tiene en la ciencia más actual.

Aprovecho esta ocasión para agradecer a Barón Castro no sólo su aporta-



ción en este campo concreto del lenguaje y a esta conferencia, sino todo lo que la cooperación educativa, científica y cultural iberoamericana le deben a él personalmente e institucionalmente a la Oficina de Educación Iberoamericana.

Señores Ministros: el progreso educativo y el progreso científico son eslabones esenciales del progreso de nuestras naciones. Para lograrlos disponemos, además de nuestras propias fuerzas, de una cooperación que de suyo favorecen los vínculos de lengua, tradición y cultura y la presencia de un organismo como la O.E.I. que merece todo nuestro apoyo. El éxito está asegurado al lanzarnos al trabajo sin concesión alguna a ningún tipo de retórica.

Por eso, en busca precisamente de lo que necesitamos para nuestro progreso educativo y científico, hemos de detenernos ahora a considerar tanto el hecho profundo que nos une como el

mensaje que de nosotros requiere el mundo que nos ha tocado vivir.

El hecho profundo de la comunidad iberoamericana.

Tomar conciencia de la comunidad iberoamericana y ajustar a ella todo un comportamiento es, al menos, *una opción razonable*. Para quienes tenemos este sentimiento profundamente arraigado, dicha comunidad es mucho más que una opción razonable. Pero para aquellos otros que por defecto de fe o de esperanza no comulgan en aquel sentimiento, ha llegado la hora de recapacitar y de admitir mínimamente que es una opción razonable.

Esta diferencia de actitud entre quienes sienten y no sienten obliga a dos esfuerzos convergentes: para los primeros, el de salir del puro romanticismo

para traducir en relación concreta de cooperación el caudal de nobles sentimientos que profesan; para los segundos, el de pasar del carácter razonable de la opción, recapitulando la historia y la realidad, a la entrañable convicción de que la comunidad iberoamericana y filipina es un hecho profundo.

Diré más: lo iberoamericano es un hecho colectivo y puede ser un hecho redentor. Redentor en términos humanos, es decir, de modo limitado. Dicho en otras palabras, lo más desolador del mundo que nos rodea es que nadie busca soluciones originales a los problemas del hombre. La ciencia y la técnica se esfuerzan, y deben seguir haciéndolo, por encontrar soluciones originales a los problemas materiales de cada día. Pero, en el orden intelectual y moral parece, y hay muchos hechos que así permiten conjeturarlo, que ha terminado todo proceso de creación filosófica, que ningún nuevo pensamiento sobre los pro-

blemas del espíritu puede producirse. Nosotros no vamos a decir que podemos dar nuevas soluciones; nos limitaremos a intentarlo desde la perspectiva histórica, sociológica e intercontinental de la comunidad hispánica. Vamos a hacerlo seriamente, utilizando el pensamiento elaborado en nuestro pasado común, no como punto romántico de referencia, no como pretexto de brillantes exposiciones, sino como fuente viva de meditaciones nuevas.

De nada servirían nuestros poetas, místicos y teólogos, si no los hiciéramos carne viva y fuente de originalidad. De nada habrían servido tampoco en su tiempo vital sobre la tierra si no se hubiese convertido en principio activo su propio testimonio. Ni Juan Ruiz de Alarcón, ni Alonso de Ercilla ni Sor Juana Inés de la Cruz pueden quedar relegados como objetos de una mera complacencia intelectual. Hemos de estar dispuestos a aprender renovada-

mente de ellos nuevas interpretaciones del amor y del sentido de la vida y de la muerte.

El mensaje humanista que el mundo de hoy requiere de nuestra comunidad

Los grandes temas del hombre, de cada hombre, nos plantean una vez más la cuestión fundamental del humanismo y de encontrar un humanismo para nuestra época.

Siempre he creído que una característica del humanismo ha sido, además de la fundamentación que le es propia, su valor dialéctico frente a los problemas a los que ha tenido que enfrentarse. Así el del humanismo helénico frente al servilismo oriental, el del renacentista frente al olvido de lo humano y frente al determinismo de la predestinación. Y en el siglo XIX, frente al servilismo derivado de la concepción absoluta del poder político.

¿Cuál puede ser el sentido dialéctico específico del humanismo en nuestro tiempo? A mi juicio estriba en cuatro puntos fundamentales:

1.º) Afirmar al hombre frente a los excesos de la técnica. Pero nótese bien que hablamos de los excesos y sólo de los excesos y de ninguna forma de aquellos apoyos de la técnica que libran al hombre de tantas servidumbres.

2.º) Proteger al hombre del desorden, lo que equivale a no caer en el falso humanismo en el que la anarquía de esta hora del mundo pretende establecer su campamento.

3.º) Devolver al hombre la esperanza, porque no podemos admitir su reducción a pura biología, y sucesivamente a pura química y a simple matemática.

4.º) Librar al hombre de las consecuencias de un proceso de masificación, creando aquel clima de condiciones que permita que cada hombre tenga conciencia de su propia identidad.

Seguimos creyendo en la solidaridad humana, pero también en la insustituibilidad de los Estados nacionales servidores indispensables del destino social de cada hombre y de las culturas populares. Por eso me atrevo a decir que la línea histórica que comienza en la creación de la comunidad hispánica y se prolonga en el parto doloroso de las independencias nacionales, no es una línea terminada. La independencia de vuestras naciones y la comunión de éstas con España es un proceso permanente en que nuestra vieja nación y vuestras jóvenes naciones y los Estados que las rigen pueden cumplir más fácil y eficazmente la misión de servir a aquellos hombres y a aquellas culturas. Por eso no debe extrañarnos que desde hace

largos años España considere a vuestros libertadores como cosa propia y les haya erigido el homenaje permanente de sus monumentos en el propio suelo español.

Pero volvamos a nuestro humanismo. No me corresponde a mí entrar en los supuestos últimos de cada uno de vosotros. Tengo el deber moral de decir de dónde yo quiero partir: del concepto cristiano de la vida y de la muerte. La creencia de que el hombre es partícipe de la Creación y de la Redención y la creencia de que la vida sobre la tierra es la única oportunidad del hombre para participar libre y operativamente en el plan divino.

Pero cualquiera que sean las premisas, tenemos un propósito común: dar respuesta al problema del hombre; y un vínculo también común: nuestra condición hispánica, en la que todos nos hermanamos, sin que tenga sentido ningún intento de atribuirse superioridad alguna.

Y debemos hacer constar que este vínculo no es sólo el de la lengua y el de la historia. Son éstos muy importantes, pero no son los únicos: tenemos un vínculo más actual, el largo, duro y sacrificado camino de la lucha por el desarrollo. Este largo, duro y sacrificado camino que es el nuestro frente a la incomprensión de los que se creen superiores. Aquel largo, duro y sacrificado camino que es el de la búsqueda de soluciones reales, el de la política frente a la utopía y frente a las fórmulas de laboratorio. Los pueblos que sufren tienen la inmensa ventaja de aprender a valorar sus logros. Para los hombres y para los pueblos lo que nada cuesta nada vale. En definitiva, sólo de la lucha puede nacer la esperanza, esa esperanza que acompaña a la espera tensa y sufrida de los que saben lo que quieren.

Nada nos incita y nada nos obliga a renunciar a las respectivas condiciones específicas de americanos, asiáticos o

europesos. Afirmarlas es un signo de nuestra riqueza espiritual. Desde la del pueblo romano no ha habido otra eclosión tan gloriosa como la de los pueblos hispánicos. Cada uno de estos caracteres continentales generan posibilidades y obligaciones específicas para cada uno de nosotros y testimonia nuestra universal presencia. Pero tales posibilidades y obligaciones son compatibles con las posibilidades y obligaciones que nacen de la comunidad ibérica.

Queridos colegas: todos estamos llenos de acuciantes quehaceres. Volvamos a ellos reconfortados por el sabor hermanante de la unidad y con el estímulo de los propósitos concretos:

PRIMERO. — Convertir en hecho institucional, cada vez en solar distinto, esta reunión de hermanos.

SEGUNDO. — Traducir nuestras deliberaciones en relaciones concretas y

posibles de cooperación efectiva para nuestro progreso material, y

TERCERO. — Elaborar, sin prisa y sin pausa, desde lo que tenemos de común y desde lo que tenemos de distinto, un mensaje que sea válido para el hombre atormentado de nuestro tiempo.

Muchas gracias.



SERVICIO DE PUBLICACIONES
DEL MINISTERIO DE
EDUCACION Y CIENCIA



COLECCION
LA RABIDA